

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 14

Octubre de 2007

Palabra de Dios

¹ Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,

nos parecía soñar:

² la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares.

Hasta los gentiles decían:

«El Señor ha estado grande con ellos».

³ El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres.

⁴ Que el Señor cambie nuestra suerte,

como los torrentes del Negueb.

⁵ Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares.

⁶ Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas.

Salmo 126 (125)

Índice

<i>La Comunidad</i>	1
<i>Enseñanza: "La Palabra de Dios: oída y proclamada. El nuevo reto para el</i>	2
<i>Este Mes: La Eucaristía. Jesús Higuerras</i>	4
<i>Para Meditar</i>	5
<i>El Rincón de los Testimonios: Manolo</i>	6
<i>Recordemos qué es la Renovación: "Madurez eclesial: El fruto maduro de comunión y compromiso." Mateo Calisi</i>	8
<i>Noticias...Noticias...Noticias</i>	10
<i>Ideas para tu Biblioteca</i>	11
<i>A Tu Servicio</i>	11

Alégrate en el Señor

Una vez más, el Señor nos convoca a su Presencia y lo hace llamándonos a la alegría. ¡Alégrate en el Señor!. No en lo que tienes, en tus cosas, en que todo te vaya bien, en lo que esperas, sino dejándote ser llevado a la alegría que es Él, a ser poseído por su gracia. Es esta la razón por la que podemos alegrarnos, disfrutar todos, gozarnos juntos, ya que esta llamada es para todos y cada uno de nosotros y todos hemos sido agraciados por El y en El.

Alégrate, dejando las penas en el olvido de sus manos, como aguas turbulentas que pasarán. Alégrate porque andabas buscándole y te ha encontrado. Alégrate porque nada ni nadie nos podrá jamás separar de él. Exultad los justos, gritad de corazón los que llegáis hasta aquí con cánticos de victoria, porque Yahvé es nuestro refugio y en Él hemos encontrado gracia y cobijo.

Solo contemplar su rostro abre todos los ámbitos de tu existencia y entras en la casa del Rey con tu rostro también transformado. Lo saben los que son humildes en su corazón y se alegran en su Presencia. Lo saborean los que buscan la luz en medio de tantas tinieblas y para ellos se han abierto las puertas de par en par para disfrutar de su Señor. Lo proclaman los que estaban muertos y han comenzado a caminar. Lo cuentan los débiles, enfermos, moribundos que sienten su cercanía tan próxima que correr hacia la meta.

Dejar que su pueblo entone cantos de alabanzas y aleluyas porque han contemplado que se han abierto los cielos, el mar, los ríos y montañas y se han preñando de su bondad y misericordia.

Tus hijos soñarán con tu alegría, tus amigos, vecinos y todos los que te rodean quedarán maravillados porque eres el rayo de luz que anhelándolo nadie lo puede comprar, ni encontrar, sino es porque Dios se ha prendado de tu hermosura y te ha puesto en su corazón que rebosa el canto sin fin de alabanzas.

Porque Tú eres nuestro socorro y a las sombras de tus alas cantamos con júbilo, porque nos das la lluvia en tiempos de sequía, porque resucitas en medio de tanta muerte, porque nos sacias de comida, en tiempos de hambruna, porque sobreabundamos de amor cuando nuestro corazón está reseco y sin esperanza.

Alégrate porque Yahvé es más poderoso que tus enemigos, porque quitará de ti toda desgracia, porque florecerás como en los días de tu juventud y porque los que somos estériles volveremos dichosos al contemplar tantos hijos a vuestro alrededor.

¡No tengas miedo, Sión, no desmayen tus manos! Yahvé, tu Dios está en medio de ti ¡un poderoso salvador!

Y si llegas cansado, llorando, olvidado, injuriado recuerda que eres bienaventurado, dichoso tú porque tu Dios te bendice y te recuerda que te alegres porque le tienes a Él, te espera Él, te ama Él, te alegra Él.

“Al ir, va llorando llevando la semilla; al volver, vuelven cantando trayendo las gavillas”.

Pues así, hermanos, volveremos todos a casa. Llevaremos las gavillas del amor, del perdón, del encuentro y de la misericordia del Señor. Se alegra mi alma en el Señor. Que María nos acompañe en la aventura de estos días y que sus palabras las hagamos nuestras, por las fuerzas del Espíritu Santo, cuando volvamos a casa.

La Palabra de Dios: oída y proclamada. El nuevo reto para el nuevo milenio

Así como el ambiente físico se ve confrontado por muchos retos, yo creo que podemos decir con confianza que el ambiente espiritual también se enfrenta a muchos retos en el tercer milenio. Diversos tipos de contaminación amenazan las formas de vida de plantas y animales en los mares, ríos y bosques, en la tierra y en el aire. Esto ha dado lugar a formas definidas de contaminación como la contaminación del aire, la contaminación del agua y la contaminación del suelo. No es sorprendente que el mundo se enfrente además a otro tipo de contaminación descrita como contaminación por ruido. Esta última forma de contaminación está invadiendo muchas ciudades y haciendo que muchas personas se muden a las afueras de las ciudades, donde construyen sus hogares. Estos lugares se describen a menudo como tranquilos y pacíficos, libres del ruido de la maquinaria pesada, los coches, la música, los aviones, etc.

Tales "hogares" se podrían crear para la Palabra de Dios en nuestras vidas. Se está haciendo cada vez más necesario en nuestro mundo tecnológicamente avanzado y cambiante encontrar modos de escuchar la Palabra de Dios. Jesús dice en el Evangelio: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mt 24, 35). Si podemos encontrar el espacio para nutrir nuestras vidas de la Palabra de Dios, entonces podremos proclamarla de palabra y de hecho con más confianza.

1. La Palabra de Dios: oída

En su encíclica *Novo Millennio Ineunte* el Papa Juan Pablo II dice: "no hay duda que la primacía de la santidad y la oración es inconcebible sin una escucha renovada de la Palabra de Dios". El Santo Padre reconoce también que la obra de la evangelización y la catequesis es, sobre todo, sacar nueva vida de la atención a la Palabra de Dios. Esto necesita ser

consolidado y profundizado asegurando que cada familia tenga una Biblia. Yo me atrevo a ir más lejos y sugiero que cada católico bautizado debería tener una Biblia.

Yo comencé a leer y estudiar la Biblia en serio después de ser bautizado en el Espíritu Santo a la edad de 20 años. La Palabra de Dios creó en mi corazón un hambre y una sed nuevos, como nunca antes había sentido. La Palabra de Dios comenzó a hablar en cada área de mi vida. De una forma modesta, decidí leer al menos un capítulo de la Escritura cada día, meditarlo e intentar vivirlo. Durante los últimos 18 años he adquirido así una mejor comprensión de las Escrituras y me siento raro cuando no leo la Biblia.

La fe viene por oír

El Apóstol Pablo en su Carta a los Romanos dice: "la fe viene de la predicación, y la predicación por la Palabra de Cristo" (Rm 10,17). El Papa Juan Pablo II describe cómo en muchas sociedades contemporáneas "la fe de muchos se ve grandemente probada, ahogada y, a veces, muere". Por lo tanto, para restaurar la fe en Jesús es importante que creemos en nuestras vidas el espacio para oír la Palabra de Dios. San Jerónimo entendió lo que esto significa cuando escribió: "el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Jesucristo".

El Papa Juan Pablo II de nuevo dice: "escuchar la Palabra de Dios debería convertirse en un encuentro vivificante en la tradición antigua y siempre válida de la *Lectio Divina*, que extrae del texto bíblico la palabra viva que interpela, dirige y modela nuestras vidas".

Orientación

La Palabra de Dios se describe como lámpara para mis pasos y una

luz para nuestro sendero (Sal 119, 105). Necesitamos orientación para estar preparados de forma eficaz para el servicio en la Iglesia y en el mundo, para elegir nuestra vocación y para los acontecimientos corrientes de la vida. Muchos santos y los primitivos Padres de la Iglesia fueron guiados por la Palabra de Dios. Fue el poder de la Palabra de Dios el que llevó a la conversión a San Agustín de Hipona. En la profecía de Isaías leemos: "Así dice Yahveh: Los cielos son mi trono y la tierra el estrado de mis pies. Pues ¿qué casa vais a edificarme, o qué lugar para mi reposo, si todo lo hizo mi mano, y es mío todo ello? -Oráculo de Yahveh-. Y ¿en quién voy a fijarme? En el humilde y contrito que tiembla ante mi Palabra" (Is 66, 1-2). A esos hombres y mujeres se dan a conocer los propósitos del Señor, y son ellos los que realizan grandes cosas para Dios.

Condena y arrepentimiento

Como una espada de doble filo viene a veces la Palabra de Dios para nosotros. El autor de la Carta a los Hebreos dice: "Ciertamente es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada de doble filo. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón" (Hb 4, 12).

Cuando oímos la Palabra de Dios se pueden suscitar dos respuestas en nuestros corazones. Por una parte, podríamos sentir nuestro corazón compungido como aquellos que oyeron al Apóstol Pedro predicar el día de Pentecostés (Hch 2, 37). Mientras que, por otra parte, podríamos consumirnos de rabia y tratar de destruir a los que nos proclaman la Palabra (Hch 5, 33). A menudo yo he sentido esta lucha en mi propio corazón. Es como si mi corazón estuviera bajo una máquina de rayos x, ya esté leyendo la Biblia en privado o cuando la Palabra

de Dios se proclama públicamente.

El primer grupo, los que sintieron su corazón compungido, le preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles "¿Qué hemos de hacer, hermanos?" ¿No deberíamos hacernos esta misma pregunta cada vez que oímos proclamar la Palabra de Dios? El arrepentimiento del pecado y un deseo de seguir al Señor deben ser la consecuencia necesaria de oír la Palabra de Dios.

Alimento

La Palabra de Dios también se describe como comida. En Mateo 4, 4, Jesús dice: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Aunque todos estamos retados a recibir el cuerpo y la sangre del Señor Jesús en la Santísima Eucaristía, la Palabra de Dios nos prepara adecuadamente para este banquete del Señor. Los Padres de la Iglesia siempre han enseñando que estamos alimentados por dos mesas: la mesa de la Palabra y la mesa del Cuerpo y la Sangre de Jesús. En el discurso del capítulo 6 de San Juan sobre el cuerpo y la sangre de Jesús, Simón Pedro dice: "Señor, ¿A quién vamos a ir? Solo Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6, 68-69).

2. La Palabra de Dios: proclamada

"Señor me has seducido"

El profeta Jeremías describe su experiencia de guardar la Palabra de Dios en su corazón. Dice: "Me has seducido, Yahveh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido... Yo decía: 'No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre'. Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por aho-

garlo, no podía" (Jr 20, 7-9). Con los valores del Evangelio erosionándose rápidamente, y en algunos lugares completamente desaparecidos, muchos países que una vez fueron 'sociedades cristianas' se enfrentan a un reto en el nuevo milenio. En palabras de Juan Pablo II, "debemos enfrentarnos valerosamente a una situación que se está haciendo cada vez más diversificada y exigente, en el contexto de la globalización y de la consiguiente nueva e incierta mezcla de pueblos y culturas. A lo largo de los años, he repetido a menudo el llamamiento a la nueva evangelización. Lo vuelvo a hacer ahora, especialmen-



te para insistir que debemos reavivar en nosotros el ímpetu del principio y permitir ser llenados con el ardor de la predicación apostólica que siguió a Pentecostés. Debemos reavivar en nosotros la convicción ardiente de Pablo, que exclamó: 'ay de mí si no predicara el Evangelio' (1Co 9, 16)".

El nuevo reto para el tercer milenio es que Cristo debe ser presentado a todas las personas con confianza. El Papa Juan Pablo II dice: "Nos dirigiremos a los adultos, las familias, los jóvenes, los niños, sin esconder nunca las exigencias más radicales del mensaje del Evangelio, pero teniendo en cuenta las necesidades de cada persona con respecto a su sensibilidad e idioma".

"Si confiesas con tu boca"

El propósito final de nuestra existencia es que nos esforcemos por conocer a Dios, por amarle y servirle de manera que estaremos felizmente unidos a Él después de nuestra vida en la tierra. Una manera de conocer al Señor es oír y estudiar su Palabra. El proceso de proclamar la Palabra de Dios es también traer a otros al conocimiento de la verdad. La salvación de nuestras almas es, por tanto, el propósito de Dios para nuestras vidas.

San Pablo dice: "Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación" (Rm 10, 9-10).

No solo tenemos el privilegio de oír la Palabra de Dios, sino que también tenemos la responsabilidad de proclamarla donde quiera que estemos.

Conclusión

"Dad culto al Señor Cristo en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta al que os pida razón de vuestra esperanza" (I P 3, 15). Estas palabras podrían resumir el reto al que todos los católicos bautizados se enfrentan en el nuevo milenio.

Así como se realizan esfuerzos por parte de los científicos y ecologistas para desintoxicar los ríos, los suelos y el aire de los contaminantes, la Palabra de Dios también viene a nosotros para 'desintoxicar' nuestras vidas del pecado. Ni siquiera la amenaza de la contaminación por ruido puede tocar a la persona que ha descubierto el secreto de hacer un hogar para la Palabra de Dios.

Mark Nimo

Boletín del ICCRS

Este Mes: La Eucaristía

Es propio de los amantes buscar la unión, de tal manera que no cabe más gozo entre aquellos que se aman que estar juntos, no sólo en la dimensión espiritual y afectiva, sino también en la realidad corporal y física. La Eucaristía es un grito de amor que Cristo proclama a la humanidad. Es un deseo que sigue vivo en su corazón después de dos mil años, de querer hacer comunión física, afectiva y espiritual con cada uno de nosotros. La comunión eucarística es una fusión. Decían los Padres que del mismo modo que dos gotas de cera líquida caliente se unen formando una única realidad, así nuestro corazón y el corazón de Cristo se funden en un acto infinito de amor del Padre, que ha querido continuar entregándonos a su Hijo después de los tiempos.

La Eucaristía es el don más grande que Dios puede hacer a los hombres, puesto que en ella se regala a sí mismo y mediante la humanidad santísima de Jesús, puerta de la Trinidad, recibimos el amor del Padre que es el Espíritu Santo, el fruto de la Eucaristía.

Todos tenemos en este curso que considerar que los últimos Papas, en lo que más han insistido, lo que más nos han pedido a los cristianos, es redescubrir y renovar nuestro amor eucarístico. La Iglesia no se entiende sin la Eucaristía, puesto que nace de ella y de ella recibe a diario la vida, la gracia y recibe todo. Un cristiano que no ama a la Eucaristía es un cristiano que no ama a Cristo, puesto que Cristo y Eucaristía es lo mismo. Es en la Eucaristía donde se celebran las bodas del Reino de los cielos. Es en la Eucaristía donde el banquete, con el mejor de los manjares, nos es entregado a cada uno de nosotros. Sin embargo, qué pena comprobar cómo vivimos cada día la Eucaristía con rutina e incluso con distracciones, estando más pendientes del sacerdote que celebra, de sus defectos y de sus limitaciones, que de la misma realidad que allí está

sucediendo.

¡Qué don tan grande si el Espíritu Santo nos concediera mirar con ojos de fe la gracia que se está dando como en un torrente en la celebración eucarística. Qué don tan grande del Espíritu Santo si cada uno de nosotros deseáramos, con un deseo ardiente, estar cada día con el Señor, fundirnos con Él, ser uno en Él y desde Él anunciar con gozo, con alabanza y con gratitud todo el amor que Dios ha tenido por cada uno de nosotros!

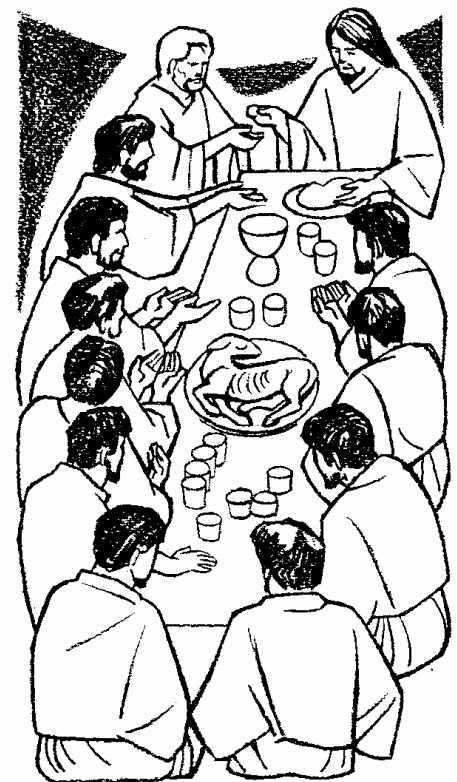
Tenemos que revisar y pedirle al Espíritu Santo que nos dé la gracia de ser almas eucarísticas, porque, en definitiva, no estamos llamados a vivir la Eucaristía, ni siquiera a celebrarla, sino que estamos llamados a ser Eucaristía. Del mismo modo que Agustín escuchaba esa invitación del Señor: “Cómeme, que no me transformarás a mí en ti, sino que tú te transformarás en Mí”. La Eucaristía, cada comunión que recibimos, es un paso más en nuestra cristificación, es un dejar cada día que el Espíritu Santo actúe en nosotros casi sin enterarnos y hacer que con sus manos de artista vaya esculpiendo en nosotros el verdadero rostro, la personalidad de Jesús, el Salvador.

Con qué gozo, con qué intensidad tenemos que celebrar, no solamente la Eucaristía en la que toda la comunidad se une para alabar al Señor con el gozo de los hermanos, sino la Eucaristía de cada día, ese gozo por el cual Jesús está esperando que sea capaz de sacar un rato, que sea capaz de tener para Él un tiempo sin prisa, un tiempo de contemplación, de alabanza, de gratitud, de expiación y de súplica al Padre en Cristo por medio del Espíritu Santo. En este sentido, qué bueno sería releer y meditar las dos grandes cartas que los Romanos Pontífices nos han dado: *Eclesial de Eucaristía*, de Juan Pablo II y *Sacramentum Caritatis*, de Benedicto XVI, en las cuales toda la sabiduría que la Iglesia ha ido

alcanzando después de dos mil años en torno a este misterio eucarístico se nos da de un modo limpio y maravilloso.

¡Qué afortunados somos, cuántas gracias tenemos que dar a Dios por este regalo tan inmenso que se nos hace en este misterio eucarístico, por el cual somos invitados a participar del acto más importante de la historia de la humanidad que es la Pascua de Jesús! Estamos invitados a zambullirnos en el océano de amor que es la Trinidad, atravesando esa puerta que es Cristo. En definitiva, estamos invitados a adelantar durante un rato lo que va a suceder en el Cielo, esa eterna alabanza que ya están haciendo los ángeles y los santos, y a los cuales nos podemos unir en cada celebración eucarística. Sea por tanto la Eucaristía aquella que configure mi vida, mi identidad, el camino, la verdad y la vida que Dios me regala en cada jornada.

Jesús Higuera Esteban



Para Meditar...

Del comentario de San Gregorio de Agrigento, obispo, sobre el libro del Eclesiastés

Contemplad al Señor, y quedaréis radiantes.

Dulce es la luz, como dice el Eclesiastés, y es cosa muy buena contemplar con nuestros ojos este sol visible. Sin la luz, en efecto, el mundo se vería privado de su belleza, la vida dejaría de ser tal. Por esto, Moisés, el vidente de Dios, había dicho ya antes: Y vio Dios que la luz era buena. Pero nosotros debemos pensar en aquella magna, verdadera y eterna luz que viniendo a este mundo alumbraba a todo hombre, esto es, Cristo, salvador y redentor del mundo, el cual, hecho hombre, compartió hasta lo último la condición humana; acerca del cual dice el salmista: Cantad a Dios, tocad en su honor, alfombrad el camino del que avanza por el desierto; su nombre es el Señor, alegraos en su presencia.

Aplica a la luz el apelativo de dulce, y afirma ser cosa buena el contemplar con los propios ojos el sol de la

gloria, es decir, a aquel que en el tiempo de su vida mortal dijo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Y también: El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo. Así, pues, al hablar de esta luz solar que vemos con nuestros ojos corporales, anunciaba de antemano el Sol de justicia, el cual fue, en verdad, sobremanera dulce para aquellos que tuvieron la dicha de ser instruidos por él y de contemplarlo con sus propios ojos mientras convivía con los hombres, como otro hombre cualquiera, aunque, en realidad, no era un hombre como los demás. En efecto, era también Dios verdadero y, por esto, hizo que los ciegos vieran, que los cojos caminaran, que los sordos oyeran, limpió a los leprosos, resucitó a los muertos con el solo imperio de su voz.

Pero también ahora es cosa dulcísima fijar en él los ojos del espíritu, y contemplar y meditar interiormente su pura y divina hermosura y así, mediante esta comunión y este consorcio, ser iluminados y embellecidos, ser colmados de dulzura espiritual, ser revestidos de santidad, adquirir la sabiduría y rebosar, finalmente, de una alegría divina que se extiende a todos los días de nuestra vida presente. Esto es lo que insinuaba el sabio Eclesiastés, cuando decía: Si uno vive muchos años, que goce de todos ellos. Porque realmente aquel Sol de justicia es fuente de toda alegría para los que lo miran; refiriéndose a él, dice el salmista: Gozan en la presencia de Dios, rebosando de alegría; y también: Alegraos, justos, en el Señor, que merece la alabanza de los buenos.



El Rincón de los Testimonios

Nunca pensé que me vería así, y todo de pronto: salir a cenar con hermanos del servicio de librería, estar relajado hablando de nuestras cosas... y se me pide que escriba para el próximo número sobre una experiencia vivida. Experiencia que no da mas que para unas líneas, así que me veo obligado a extenderme de alguna manera y empezar por el principio, repitiéndome con vosotros en lo que os cuento, pues son cosas comunes a todos y fruto de una evolución en la Renovación en el Espíritu.

Como tantos otros, arribé única y exclusivamente porque el Señor así lo quiso, aunque en mi caso no solo lo tuvo que querer, sino que tuvo que llevarme sin que yo siquiera supiese a lo que iba, pues si me hubiesen comentado lo mas mínimo lo que me iba encontrar, os aseguro que no nos hubiésemos conocido. De hecho, por poco no nos conocemos, pues cuando me incorporé el primer día del seminario de iniciación, al empezar todos a cantar, casi salgo corriendo pensando que me tenía que haber equivocado, que eso era una secta. Dios mío, qué manera de cantar y ese tío que aparece por el pasillo con su chupa de cuero y su boina seguro que es un telepredicador (era nuestro querido Chus), por favor, qué espanto, yo me voy.

En ese momento suena el móvil y la persona que me había invitado, a quien solo había visto una vez en mi vida y por unos minutos, me dice: “estoy aparcando y por lo que oigo ya habéis empezado. Ya bajo”. Por educación me quedé, aunque pensaba que todos estabais locos, que no quería verme mezclado con este tipo de gente, que qué pensarían de mí si me viesen en un sitio como ese, pero comenzó Chus a hablar sobre la gratuidad, sobre un Dios del que jamás había oído, empecé a sentir dentro de mí algo inenarrable que se iba adueñando, ya no tenía que estar controlándome para no pecar, no tenía que estar continuamente arrepintiéndome y pidiendo perdón, ya no era tan pobre como yo creía, pues a pesar de mi

pobreza Dios me ama y esto me enriquece. Ya no hacía las cosas porque estaban mal y era pecado, sino porque mis valores iban cambiando. Él iba actuando en mí y simplemente hay cosas que no te salen.

Mis temores y miedos se disipaban. Dios me ama como soy, tremendamente pobre, sin conocimientos de la Palabra y, lo que es peor, sin facilidad para interpretarla, pero se dirigía a mí a través de experiencias, de flashes, de vivencias ajenas..., tomemos como ejemplo aquello sobre lo que me han pedido que os comente.

Chus nos habló sobre el temor de Dios. Yo pensaba que era tener miedo de Él y resulta que es miedo a que de pronto desaparezca de tu vida y te deje un vacío tremendo imposible de llenar. Yo nunca había pasado por un desierto: ¿cómo podía pasar por uno, si nunca Le había sentido ni siquiera cerca? Yo era puro contrato: hago esto porque me lo dicen y por eso soy mejor, y además a cambio te pido tal cosa. Puro chantaje. El Señor debió pensar: ¿cómo va a sentir mi ausencia si todavía ni siquiera ha sentido mi presencia? Por tanto, todavía no está preparado para un desierto. Además, como siempre ha tenido envidia de los sacerdotes y de las monjas, pues supone que lo tienen todo resuelto por el contrato suscrito de yo te doy y Tú a cambio me tienes que dar, pues le voy a...

En el seminario había una monjita dominica que tras dar yo testimonio se quedó rezagada y me dijo: me ha gustado mucho lo que has dicho y cómo lo has dicho. La di las gracias y pensé: qué maja, entonces noté que se le saltaban las lágrimas. Le pregunté si le pasaba algo, me contestó que no, que simplemente estaba pasando una mala racha. No sé por qué, pero salimos juntos y daba la casualidad que teníamos en el camino a casa un trecho en común. A ella se le seguían saltando las lágrimas y me dijo: “no pienses que tengo depresión ni nada de eso”. Como es lógico yo pensé que si no era depresión qué podía ser, llorando sin ningún motivo aparente,

hablando con un perfecto desconocido. Debió notar mi desconcierto y entonces me dijo: “estoy pasando por un desierto y esto no me había pasado nunca, es espantoso”.

Yo no sabía ni intuía lo que podía ser eso, pero de pronto me dijo que no sentía al Señor en su vida. Eso es imposible, pensé yo, pero si es monja, esto no puede ser. En este momento lloraba con desconuelo en medio de la calle Sainz de Baranda y yo sin saber qué decirle, mirando a todas partes por si aparecía alguien con autoridad que la pudiera ayudar, alguien con conocimientos del Señor que la pudiera hablar desde la razón, desde el conocimiento de la Palabra, con razonamientos muy profundos que la pudieran consolar, alguien como Chus. ¿Dónde se habrá metido este hombre?, pensé. Nadie conocido y yo en medio de Sainz de Baranda con una monja que ni siquiera se vestía con hábito y llorando. Empecé a balbucear cosas muy elementales y sencillas, cosas que yo llevaba dentro y que ni siquiera era consciente de tener, puro sentimiento sin grandilocuencia, desde la humildad del desconocimiento y, a medida que yo hablaba, me decía: por favor, sigue hablándome, me da paz, y yo pensaba: ¿cómo me puede decir esta mujer que la dan paz las simplezas que estoy diciendo? Pero era un hecho, su mirada y actitud iban cambiando. Como último gesto le di el rosario que siempre llevo encima. Nos cambiamos los teléfonos y cada uno a su casa.

No me la podía quitar de la mente y no sabía por qué. Así que el sábado por la mañana la llamé para preguntar cómo estaba. El caso es que su angustia la hice mía y lloraba con ella, porque al fin entendía y sentía lo que tenía que experimentar al haber perdido el centro de su vida. Nos llamábamos con mucha frecuencia y para hablar tranquilo me iba al dormitorio, pues de lo que hablábamos no era como para ser escuchado por nadie. Mi mujer ya llegó un momento en que al darse cuenta que hablaba tanto con alguien y que me iba a la habitación,

algo totalmente inusual en mí, me preguntó que con quién hablaba tanto. Cuando la dije que con una monjita, no sabía si la estaba vacilando o intentando ocultar algo. Menos mal que es una santa.

Poco a poco el Señor se fue adueñando de nuevo de su vida. Nuestra Madre la ayudaba, pues me decía que en los momentos de angustia se abrazaba al rosario y sentía consuelo.

Comentando la experiencia con un sacerdote amigo le dije que no comprendía cómo desde las simplezas que yo le decía, ella podía sentir consuelo y ver el menor atisbo de luz, y me contestó, aun sin ser carismático: ¿Qué pasa, es que no confías en la fuerza del Espíritu? Me sorprendió y pensé: es verdad, el Espíritu, al no tener boca, brazos... nos utiliza y actúa a través de nosotros.

El caso es que el Señor no tardó mucho en volver a entrar en su vida, volviéndola patas arriba. De ser profesora de instituto ha pasado a ser misionera en Mozambique y todo ello vivido en y desde la Renovación ca-

rismática que, según me dice aun en la distancia, sigue llenando su vida. Cuando puede se une en oración a nosotros los miércoles, en los momentos de dificultad alaba al Señor y entonces la oscuridad se va disipando y la luz regresa a su vida. Está deseando que salga algo nuevo y se lo mande, pues dice que las charlas de Chus que le mandé, aunque estén enlatadas le hacen mucho bien, la acompañan y la consuelan.

Al escribir estas líneas, se me están saltando continuamente las lágrimas, pues no os podéis imaginar el gran cariño que he tomado a esta monjita y el bien que ha traído a mi vida al compartir conmigo unas experiencias y unos momentos inolvidables.

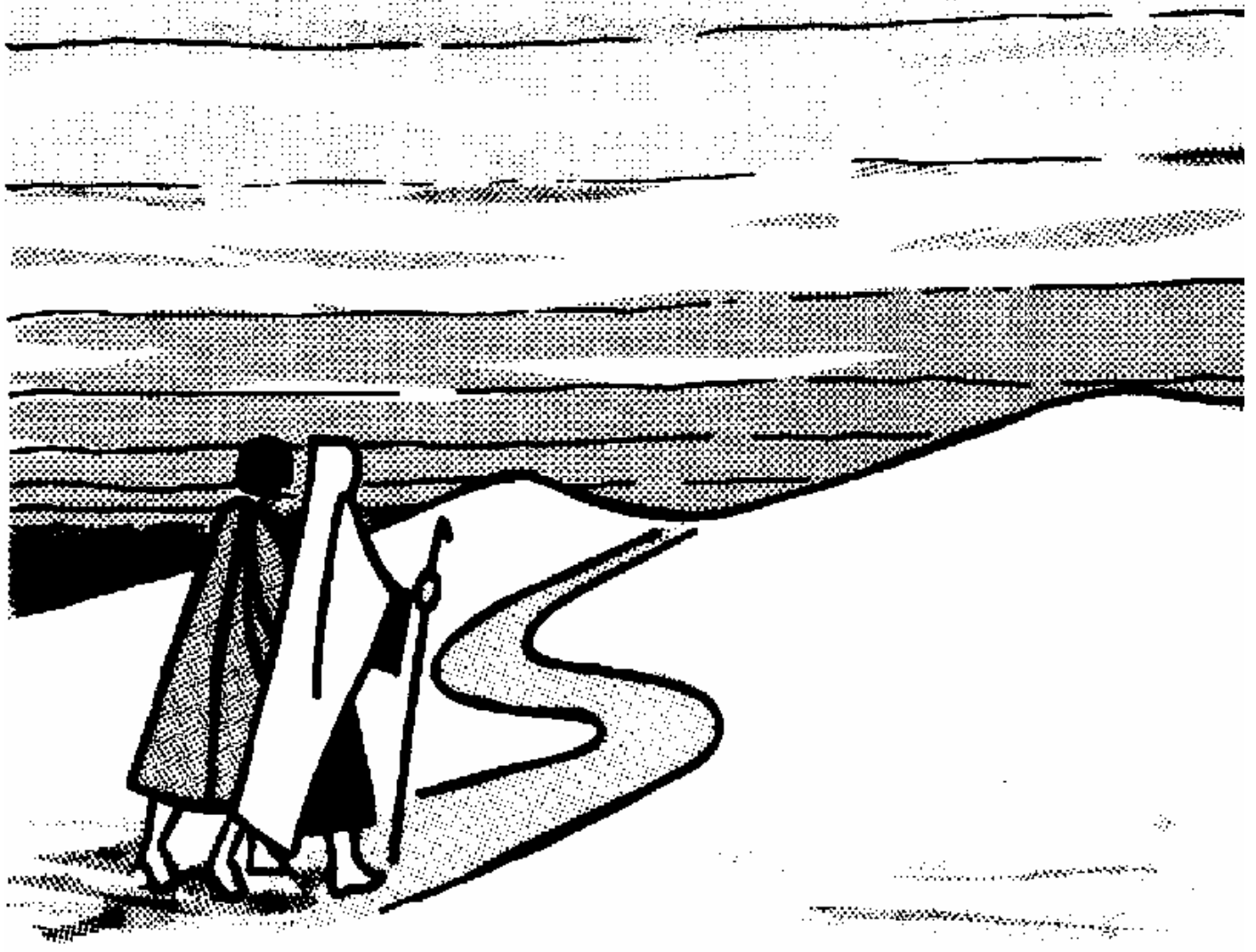
Por suerte me quedáis vosotros HERMANOS. Sí, HERMANOS y con mayúsculas. Aquellos en los que he encontrado al Señor y a través de los que siento que Él me abraza con ese abrazo carismático en el que uno lo da todo y recibe todo a cambio, con los que siento que el Señor me habla

mediante enseñanzas, testimonios, momentos compartidos, charlas aparentemente intrascendentes, profecías, oración en lenguas (¡qué espanto la primera vez que lo oí!, y de las profecías no quiero ni hablar). Aquellos que me han enseñado a vivir mi fe sin pedirme nada a cambio, que me han hecho comprender que si hay algo bueno en mí es que lo va poniendo el Señor. Os diría tantas cosas... pero como no hay más espacio repito con vosotros lo que me habéis grabado en lo más profundo del corazón:

¡Gloria, Gloria, Gloria al Señor, Santo es el Señor! ¡Qué grande es el Señor, bendito sea su Santo Nombre!

Que el Señor os bendiga y os llene de su Espíritu para mayor gloria suya. Os quiero y os necesito, no solo por lo que sois sino también por lo que del Señor lleváis dentro y proyectáis.

(Manolo, carismático, del servicio de librería)



Recordemos qué es la Renovación

Mateo Calisi

“Madurez eclesial:

El fruto maduro de comunión y compromiso”

Una petición del Santo Padre Juan Pablo II

Boletín del ICCRS

Enero de 2004

En mayo de 1998 el Santo Padre Juan Pablo II, al dirigirse a la Fraternidad Católica de Comunidades de Alianza y Hermandades Carismáticas, afirmó:

“Un análisis de treinta años de historia de la Renovación Carismática Católica demuestra que habéis ayudado a mucha gente a redescubrir la presencia y el poder del Espíritu Santo en sus propias vidas, en la vida de la Iglesia y en la vida del mundo... Por lo tanto, durante este año especial, me uno a vosotros dando gracias por los frutos preciosos del Espíritu que Dios ha querido hacer madurar en vuestras comunidades y a través de ellas, en la Iglesia”. (1)

El Papa dirigió el mensaje alentador a la Fraternidad Católica durante la Conferencia General que se celebró en Roma el día después de Pentecostés de 1998. En la víspera de esta solemne fiesta el Papa reunió a todos los movimientos eclesiales y nuevas comunidades, y lanzó esta famosa llamada que se convirtió, desde entonces, en el plan de vida para todos los movimientos eclesiales y nuevas comunidades, y también, por lo tanto, para la Renovación Carismática Católica: "Hoy se abre una nueva etapa ante vosotros: la de la madurez eclesial. La Iglesia espera de vosotros frutos “maduros” de comunión y compromiso”.

Fruto de Comunión

Ya en 1998 el Santo Padre, con la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, había hecho un llamamiento a

las nuevas formas de congregación laica para examinar su madurez eclesial a la luz de los diversos criterios de eclesialidad. Uno de estos era "el testimonio de una comunidad firme y convencida en filial relación con el Papa, centro perpetuo y visible de unidad en la Iglesia universal, y con el Obispo, el "principio y fundamento visible de unidad" en la Iglesia particular y en la "mutua estima entre todas las formas de apostolado en la Iglesia".(2)

Podemos advertir, con humildad y agradecimiento a Dios, que la disposición favorable de los miembros de la Renovación Carismática Católica hacia este criterio ha crecido progresivamente a lo largo de los años.

La experiencia de la Renovación Carismática y de la Iglesia Católica que surgió del Concilio Vaticano II ha demostrado que el mundo se ha convertido en una "pequeña aldea" en la que los católicos se benefician tanto de los aspectos particulares como universales de la Iglesia santa, católica y apostólica de Cristo.

El Santo Padre dijo: "Que estén siempre sembrando y cosechando – leemos en el Decreto sobre el apostolado de los laicos – el significado de una diócesis, de la que las parroquias son como células, siempre preparadas, a invitación de sus pastores, para combinar sus fuerzas individuales para una iniciativa diocesana. Todavía mejor, para salir a hacer frente a las necesidades de las ciudades y áreas rurales, que no limiten su cooperación a los confines de la parroquia o dióce-

sis, sino que busquen ampliar su campo de influencia, entre parroquias y en los niveles diocesano, nacional e internacional". (Ibid 25)

La Renovación Carismática ha tomado estas iniciativas de largo alcance que deseaba el Concilio. Gracias a la naturaleza extendida de la Renovación Carismática, el Espíritu Santo ha hecho surgir misioneros con un sentimiento de urgencia que han posibilitado el contacto y los intercambios con cristianos de culturas y lugares diferentes que, aun conscientes de su origen étnico, participan en la fe eclesial universal común a todos. Tales iniciativas incluyen: la nueva evangelización, el ecumenismo, el diálogo interreligioso, la formación espiritual y doctrinal, las vocaciones al sacerdocio, la formación de los jóvenes y la familia cristiana, la utilización de los medios de comunicación, etc... ¡Podemos hablar verdaderamente de la globalización del Espíritu Santo!

Esto se ha visto facilitado, por no decir directamente incitado, por el reconocimiento pontificio de la Fraternidad Católica en 1990 y del ICCRS en 1993, y por los constantes llamamientos y palabras de alta estima y aliento del Santo Padre a la Renovación Carismática. Es también el fruto de la dimensión "católica y planetaria" de la misión de la Iglesia, que ha facilitado los intercambios entre personas y comunidades de culturas muy diversas.

Por lo tanto, providencialmente, los rasgos universales y particulares

de la Renovación Carismática Católica se están haciendo más que nunca expresiones comunes de un "aliento eclesial" auténtico, un signo de sentirse cum ecclesiae.

Comunión en los muchos dones del Espíritu

¿Cómo puede entenderse y explicarse correctamente el concepto de "comunión eclesial" en la vida interna de la Renovación Carismática? ¿Cuál es el significado de esta palabra compleja, "comunión", vivida dentro de la pluralidad de los dones del Espíritu Santo?

Según la doctrina del Concilio, que tiene como fuente la Sagrada Escritura y la Tradición, y lo que nos recuerda la exhortación apostólica: "La comunión eclesial exige, además, el reconocimiento de la legítima pluralidad de las diversas formas asociadas de los fieles laicos en la Iglesia y, al mismo tiempo, la disponibilidad a la recíproca colaboración". (Ibíd. 30)

El Santo Padre también ha especificado: "La comunión eclesial se configura, más precisamente, como comunión "orgánica", análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación."

Esta doctrina católica de comunión en la diversidad es la norma en la Renovación Carismática Católica. Los estatutos del ICCRS, aprobados por la Santa Sede, ilustran esto:

"La Renovación Carismática Católica no es un único movimiento unificado a nivel mundial. No tiene un único fundador o grupo de fundadores como lo tienen otros movimientos. No tiene listas de miembros. Es un conjunto sumamente diverso de personas, grupos y actividades, con frecuencia bastante independientes

unos de otros, en diferentes etapas y modos de desarrollo y con diferentes énfasis que, sin embargo, comparten la misma experiencia fundamental y abrazan los mismos objetivos generales. Este modelo de relaciones libremente entretejidas se encuentra a niveles diocesanos y nacionales, así como a nivel internacional. Estas relaciones con mucha frecuencia se caracterizan por la libre asociación, el diálogo y la colaboración, más que por la integración en una estructura organizada.

El liderazgo se caracteriza más por el ofrecimiento de servicios a quienes lo requieren que por el gobierno. Para alcanzar sus fines y objetivos, ICCRS busca ofrecer un servicio útil a la Renovación a nivel mundial. ICCRS busca reunir la sabiduría, la intuición y la experiencia de todas las partes del mundo y luego hacerlas asequibles para todo el mundo. Cuando ICCRS presenta enseñanzas, da consejo pastoral, promueve líneas de conducta u ofrece formación (práctica), lo hace como un servicio que ofrece ayuda, no como una autoridad que pide sumisión" (Preámbulo).

En el contexto de comunión en la diversidad se especifica la siguiente regla de ICCRS: "ICCRS es un servicio de la Renovación Carismática Católica mundial como centro de unidad, comunicación y cooperación, para realizar el deseo de Cristo "Que todos sean uno" (Jn 17,21) para mantener unido el cuerpo de Cristo sin divisiones. Esta unidad ha de entenderse en el contexto de la diversidad, ya que la RCC puede estar presente y, de hecho lo está, de muchas maneras y manifestaciones"(Art. 8). No obstante, el principio cardinal de la comunión eclesial siempre yace en el gobierno pastoral del obispo, y no viene de algún tipo de liderazgo atribuido arbitrariamente por parte de un movimiento en particular, ya que la Iglesia fue fundada por Cristo sobre los Apóstoles y sus sucesores, los obispos. Solo a estos ha confiado Cristo tal autoridad pastoral especial en la Iglesia.

Entre estos dones ocupa el primer puesto la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu

somete incluso a los carismáticos (Cf. 1 Co, 14). Por esta razón, ningún carisma está exento de la sumisión a los Pastores de la Iglesia" (Ibíd. 24).

Los "retos" de la madurez en la Renovación Carismática Católica.

El pasado mes de septiembre, líderes de la Renovación Carismática Católica procedentes de 73 países, se reunieron para reflexionar sobre el estado actual del "movimiento" y sobre los retos de la madurez eclesial. "Los Doce Días de Bendiciones" fue el nombre que los carismáticos quisieron dar a la Asamblea en Castelgandolfo.

En el transcurso de la Asamblea muchos líderes carismáticos reafirmaron la naturaleza verdadera de la RCC, definiéndola como una corriente de gracia que toca a los católicos de muy diversas procedencias, tanto laicos como religiosos. También advirtieron un miedo extendido a una cierta tendencia a institucionalizar la Renovación por parte de algunas personas que estaban asfixiando o remodelando el carisma original.

Para el Padre Raniero Cantalamessa, uno de los oradores principales, la RCC es una gracia para toda la Iglesia: " Es una obra del Espíritu Santo que se ha hecho concreta y, diría, institucionalizada en diversas asociaciones, organizaciones y comunidades que, sin embargo, en sí mismas no definen completamente la gracia de la Renovación". (3)

La comunión y el compromiso son, por lo tanto, la base de los retos y de los frutos de la comunión eclesial. Sin duda tal madurez eclesial surgirá aún con más fuerza si la RCC sabe cómo infundir a sus miembros un ímpetu renovado hacia la "nueva evangelización", el gran horizonte que Juan Pablo II ha abierto ante los cristianos del Tercer Milenio.

1 Juan Pablo II, Carta del 1 de junio de 1998.
2 Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Post-Sinodal Christifideles Laici n. 30
3 Caterina Ruiu, "Rinnovamento carismatico Le «sfide» della maturità", en Città Nuova n. 21. 2003

Noticias...Noticias...Noticias

40 ANIVERSARIO DE LA RCC

Del 27 al 30 de septiembre, ha tenido lugar en Varsovia, organizada por ICCRS, la Celebración Europea del 40 aniversario de la Renovación Carismática Católica a la que estaban invitados los líderes o coordinadores nacionales (servidores nacionales, les llamamos nosotros) de los países de Europa. Asistieron representantes de 27 países (Austria, Bélgica, Croacia, República Checa, Inglaterra, Finlandia, Francia, Alemania, Hungría, Irlanda, Italia, Letonia, Lituania, Malta, Holanda, Noruega, Polonia, Portugal, Rumania, Escocia, Eslovaquia, Bielorrusia, Suecia, Suiza, Turquía y Ucrania) y también de varias comunidades (La espada del Espíritu, Evangelización 2000, Sión...). Contamos también con la presencia de Kim Collins, de Matteo Calisi, en calidad de presidente de la Fraternidad Católica de las Asociaciones Carismáticas de Alianza, y de Michelle Moran, Oreste Pesare y Charles Whitehead como presidenta, director y consejero de ICCRS respectivamente.

Representando a la RCCeE de España, estuvimos cinco hermanos (P. Vicente Borragán, Encarna Arnedo, Dori Fernández, M^a Jesús Casares y M^a Eugenia Moñibas, esta última en nombre de los jóvenes), que fuimos acogidos con gran cariño por todos los asistentes y por los jóvenes polacos encargados de la organización. Desde aquí damos las gracias también a nuestras dos traductoras (Margot Larrauri y Lourdes Martín) que hicieron posible nuestra integración en el encuentro.

Fueron unas sesiones muy apretadas con diferentes tipos de charlas (de proclamación, formativas, informativas, testimoniales) precedidas de oración de alabanza, animada por un ministerio de música formado por hermanos de Malta y Lituania. Hubo también dos tiempos largos y fuertes de adoración de la Cruz y del Santísimo, así como para el sacramento de la Reconciliación y para la intercesión. Compartimos en grupos, según los diferentes idiomas, y los jóvenes tuvieron algunas sesiones por separado. La Eucaristía de inicio fue presidida por Monseñor Bronislaw Dembowski, obispo de Varsovia y miembro de la coordinadora nacional de Polonia y la de clausura por el Arzobispo de Varsovia, Monseñor Kazimierz Nycz.

Los temas principales de las charlas fueron: “Redescubrir la esencia de la RC”, por Oreste Pesare, que formuló cinco objetivos fundamentales de la Renovación: la conversión personal y continua a Jesucristo, la santificación a través de la apertura al Espíritu, la edificación de la Iglesia a través de los dones y carismas, la evangelización y la integración en la vida pastoral de la Iglesia. Marie Beirne, de Irlanda, nos habló de “El lugar esencial del Bautismo en el Espíritu” como la herramienta para llevar nuestra experiencia a los demás; Jude Muscat, de Malta, de cómo “Crecer en carismas” y Charles Whitehead de “Liderar con visión”, de la importancia de escuchar al Señor para que nos revele adónde nos quiere conducir y cuál es nuestra misión.

Se habló también de la evangelización en la familia, del descubrimiento y formación de nuevos y jóvenes líderes, de las escuelas de evangelización, de la importancia de la unidad en todos los niveles (dentro del grupo, entre generaciones, entre clero y laicos, entre las distintas realidades y movimientos de la Iglesia, entre todos los cristianos...). Calisi nos explicó las relaciones entre ICCRS y la Fraternidad Católica, hubo testimonios de varios hermanos sobre lo que Espíritu estaba haciendo en sus países, información sobre la III Reunión Ecuménica Europea que se celebró en Sibiu (Rumanía) y sobre los diferentes proyectos e iniciativas del ICCRS.

El día 28, al final de la jornada, se procedió a la elección de cuatro nuevos miembros del Subcomité Europeo del ICCRS. Nos invitaron a asistir aunque sin voto (puesto que no éramos una coordinadora nacional) y después tuvimos un encuentro festivo, “la noche alegre”, en el que a través de bailes y juegos, haciéndonos como niños, contribuimos a derribar las barreras culturales y lingüísticas y a conocernos mejor.

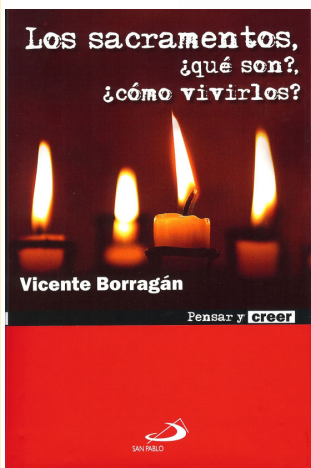
La enseñanza de clausura corrió a cargo de Michelle Moran, “¡Levántate, Europa!”, que, tras cuarenta años de camino, nos retó a mantenernos vibrantes y dinámicos en el Espíritu, aceptando ser renovados personalmente de nuevo, para seguir siendo un pueblo profético que sabe leer los signos de los tiempos (la apostasía silenciosa de Europa, la diversidad cultural debido a las migraciones...). Nos recordó que la Renovación no es un movimiento más, sino una

corriente de gracia del Espíritu destinada a rejuvenecer todas las partes de la Iglesia, que tenemos algo distinto que aportar y el mandato de hacerlo. Usando la imagen del Antiguo Testamento, nos dijo que ya hemos sido liberados de Egipto, que nuestras cadenas han caído y somos libres para movernos en el poder del Espíritu; que durante cuarenta años hemos sido formados en un desierto duro en el que muchos se han perdido y que nos encontramos a las puertas de la Tierra Prometida, que no caigamos en la trampa de quedarnos ahí sino que aceptemos el reto de cruzar el Jordán aunque no sepamos lo profundo que es el río ni lo que nos espera al otro lado. Para terminar, nos recordó las tres palabras finales de la exhortación que Juan Pablo II les dirigió en el último encuentro que tuvieron con él: No tengáis miedo, porque podemos marcar una diferencia en la Iglesia y en el mundo; confiad, no en nosotros mismos sino en el Señor, enraizándonos más y más en Jesús para que el enemigo no nos impida levantar la mirada, y tened la certeza de que el evangelio no defrauda. El Señor nos dice: Sois mis hijos, mi favor descansa sobre vosotros.

Ha sido una hermosa experiencia alabar, orar, adorar, escuchar las enseñanzas, compartir y celebrar la eucaristía con hermanos de tantos países, separados humanamente por tantas lenguas diferentes, pero unidos en el poder de un mismo Espíritu que nos conduce a todos desde la experiencia de un Pentecostés personal y comunitario y nos aún en un canto en lenguas en honor de nuestro Dios y de su Cristo.

María Jesús Casares

Ideas Para Tu Biblioteca



Autor: Vicente Borragán

Título: Los sacramentos, ¿qué son?, ¿cómo vivirlos?

Los sacramentos son una fuente inagotable de estudio y de reflexión. Algunas cuestiones son comunes a todos ellos, otras son propias y específicas de cada uno, ya sean de orden histórico, teológico o pastoral. Pero por encima de todas las cuestiones generales o particulares, lo único verdaderamente importante es aprender a vivir los sacramentos como un encuentro íntimo y amoroso con el Señor que nos bautiza y nos conforta que nos da su pan y su perdón, que nos une, nos unge y nos sana, y comprender que en ese cara a cara estamos implicados hasta tal punto que si no hay encuentro no hay sacramento. De lo único que se trata en definitiva, es de entrar en este mundo fascinante, donde brotan las fuentes de la vida, del amor y del perdón.

A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 914395071 (Irene Laín)

e-mail secretaria: beacarrasco@telefonica.net

Correo ordinario: Irene Laín Martínez

C/ Marroquina, 72 1ªA -28030- Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Mamen Sánchez, Clara Albert, María de la Fuente, Dori Fernández, Mabel Suárez, Encarna Arnedo, Irene Laín